

La Percepción Occidental De Los Conflictos En El Mundo Musulmán: Cultura Frente A Política¹

Western Perception of the Conflicts in Islam World: Culture in face of Politics

GEMA MARTÍN-MUÑOZ

Profesora de Sociología del Mundo Árabe e Islámico de la Universidad Autónoma de Madrid. Es autora de El Estado Árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista (Barcelona, Bellaterra, 2000) y de Iraq, un fracaso de Occidente (1920-2003) (Barcelona, Tisquets, 2003).

RESUMO

Criticando as visões essencialistas e etnocêntricas relativamente ao mundo muçulmano e tendo em conta os acontecimentos de 11 de setembro, a autora analisa as raízes da atual islamofobia e a necessidade de revisar as políticas internacionais e a guerra contra o terrorismo.

Palavras-chave: Política internacional, terrorismo, islamofobia, mundo islâmico.

ABSTRACT

By criticizing the essentialist and ethnocentric visions on the Islam world, and considering the happenings of September 11, the author analyzes the roots of

¹ Este texto fue impartido como Conferencia inaugural del curso "Poder y Violencia" de la Universitat Internacional de la Pau el 17 de julio de 2003.

the present islamphobia and the need to review international politics and the war against terrorism.

Key words: *International politics, terrorism, islamphobia, Islam world.*

La proximidad geográfica e histórica siempre implican relaciones de vecindad complejas y competitivas entre los conjuntos geopolíticos que las representan. Este ha sido sin duda el caso del mundo europeo y el musulmán desde la Edad Media y ha traído consigo la transmisión de una memoria histórica en conflicto. La rivalidad entre Islam y cristianismo, entre Al-Andalus y los reinos cristianos, entre los imperios europeos y turco otomano, generaron conflictos de intereses e ideologías de demonización del otro. No hay más que leer el libro de Amin Maalouf *Las Cruzadas vistas por los árabes* o ver la película del cineasta egipcio Yusuf Shahin, *Saladino*, para darse cuenta de la representación inversa que nos dan de unos acontecimientos que desde el imaginario cristiano y europeo tienen una simbología bien opuesta. Pero los trastornos que esta situación ocasionó no impidieron una realidad muy interpenetrada: el Imperio bizantino mantuvo una estrecha relación con el oriente omeya y 'abbasí (incluso mayor que con los reinos cristianos europeos), entre Al-Andalus y los reinos cristianos habrá continuos intercambios económicos y culturales, y la islamización del occidente medieval fue un hecho incontestable en términos históricos (en Sicilia, la Península Ibérica y los Balcanes).

La expulsión de musulmanes y judíos de España junto al descubrimiento de América van a significar el punto de arranque de una concepción en que Europa se percibe como una identidad cerrada que se proclama la única depositaria de los atributos de la humanidad, inferiorizando a los otros pueblos. Durante el Renacimiento se llevó a cabo la elaboración ideológica que sustenta esa concepción europea que se prolonga hasta la actualidad: haciendo una interpretación selectiva de la Historia, en la que el Oriente desaparece del pensamiento europeo, se asienta el mito de que éste se basa en una sola fuente original greco-romana. Es decir, el mito fundador del pensamiento europeo expulsó autoritariamente la aportación oriental, y en ella el determinante papel que tuvo el pensamiento musulmán, a quien se debe el rescate del pensamiento helenístico y su relectura, así como toda una aportación filosófica racional. Esta «expulsión» alimentará la concepción de dos universos aislados y sin un patrimonio común.

Entre los siglos XIX y XX se llevó a cabo un intensivo proceso histórico

que reforzó este pensamiento etnocéntrico, cuando Europa vino a representar tanto el universo de las ideas de la Ilustración como el de un mercantilismo expansivo que buscaba colonizar el mundo exterior. El pensamiento colonial europeo se vio en la necesidad de elaborar la justificación moral y ética del ejercicio de dominación política y explotación económica que llevaba a cabo fuera de sus fronteras. Así surgió la dualidad entre « civilización » y « barbarie », el concepto de raza y el principio de la superioridad cultural europea frente a « los otros » apropiándose de la representación universal de la modernidad y la civilización. El colonialismo se convertía en una obligación moral y una misión histórica : llevar la civilización a los pueblos « salvajes » o retrasados. A partir de ese momento se presentaban argumentos culturales para justificar lo que en realidad eran acciones políticas. Con ello, para colocar lo cultural al servicio de la política, se elaboraba un pensamiento que inferiorizaba a las otras culturas y, sobre todo, las negaba cualquier capacidad para evolucionar y progresar. Esos valores se adjudicaban en exclusiva al modelo europeo.

A partir de ese momento, la cultura europea será considerada superior a la de los otros, considerando las culturas de los pueblos colonizados como inferiores. Desde entonces, el profundo etnocentrismo europeo mirará a las demás culturas de manera esencialista (es decir, como si fueran entes cerrado, inmutables y monolíticos, incapaces de progresar y evolucionar, determinando así todo su devenir histórico). En consecuencia, la perspectiva europea tenderá a considerar que las nociones de progreso, dinamismo y modernización son valores propios de la cultura europea, y deberían ser universalmente imitados.

Así, por ejemplo, el acta de la Conferencia de Berlín de 1885, con la que los europeos se repartieron el continente africano, decía que las potencias europeas debían *“instruir a los indígenas y hacerles comprender y apreciar las ventajas de la civilización»*. En consecuencia, cuando éstos se “empecinen” en conservar sus tierras o su estatuto serán “justificadamente” castigados y diezmos. El Ministro británico responsable de las colonias entre 1895 y 1903 afirmará la superioridad de la raza blanca y su civilización asegurando que *“nuestra dominación es la única que puede asegurar la paz, la seguridad y la riqueza a tantos desgraciados que nunca antes conocieron esos beneficios. Llevando a cabo esta misión civilizadora es como cumpliremos nuestra misión nacional en beneficio de los pueblos bajo la sombra de nuestro ámbito imperial”*. Por su parte, el francés Jules Ferry procla-

maba en el parlamento el 28 de julio de 1885 el deber “*de las razas superiores de civilizar a las inferiores*”².

En aquellas geografías como la china, la india o la islámica donde se habían erigido grandes civilizaciones, la catalogación de “pueblos salvajes” no era posible y frente a ellos se levantó el discurso de su agotamiento e incapacidad para salir del oscurantismo que vivían frente al avance civilizacional europeo. De esta manera se llevaba a cabo un proceso de denigración del legado cultural, histórico y civilizacional islámico, presentado como incapaz de progresar y modernizarse. Es decir, todos los elementos culturales pertenecientes al ámbito islámico, incluida la lengua árabe, eran catalogados como regresionistas y bloqueadores de la evolución moderna. Con ello, se forjaba un imaginario europeo lleno de prejuicios hacia lo islámico y se volvía a expulsar autoritariamente al legado intelectual y cultural islámico del mundo de la modernización, apropiada en exclusiva por el modelo europeo.

Y lo que es enormemente importante es que, cuando más tarde, se desarrolle el pensamiento europeo anticolonial, éste denunciará los métodos políticos de dominación y económicos de explotación utilizados por la experiencia colonial, pero no cuestionará la vocación occidental de ser el modelo cultural universal. Progreso y desarrollo no podían ser fruto más que de la reproducción mimética occidental.

En realidad, el término Occidente, se forjó cuando de la Segunda Guerra Mundial nació un nuevo orden internacional dividido en dos bloques de poder: el occidental y el soviético, coincidiendo con una pérdida de influencia europea a favor de los EEUU, pero sin que ello modificase el sentimiento de superioridad cultural que hasta entonces había prevalecido.

Por el contrario, siguieron dominando las visiones esencialistas y etnocéntricas con respecto al universo cultural del mundo islámico. **Esencialismo**, porque la explicación de los hechos históricos tiende a quedarse en “el determinismo islámico”, de manera que frecuentemente se da a entender que los acontecimientos ocurren en esa parte del mundo simplemente “porque son musulmanes”, prevaleciendo la explicación “teológica” (manifestaciones de extrema religiosidad consideradas inherentes

² Citados por Sophie Bessis *L'Occident et les Autres. Histoire d'une suprématie*. Paris, La Découverte, 2002.

a la cultura islámica) sobre la explicación desde las ciencias sociales. De esa manera, frecuentemente en la búsqueda de un marco interpretativo o paradigma (frame) en el que situar los acontecimientos interviene no sólo la naturaleza del conflicto en sí sino también explicaciones centradas en establecer una supuesta diferencia cultural islámica incompatible con el progreso global.

Un significativo ejemplo lo constituye la cuestión de “la mujer en el islam”. Existe una percepción sobredimensionada y sobreideologizada con respecto a la cuestión de la situación de las mujeres en tierras islámicas que, sobrepasando lo que es la legítima denuncia e información sobre situaciones de discriminación inaceptables, es el instrumento a través del cual nuestras sociedades confirman los prejuicios anidados en nuestro viejo imaginario cultural, corroborando así las diferencias entre el Oriente y el Occidente. La manera en que se transmite la imagen de la mujer musulmana y cómo se tratan las cuestiones relativas a ella, muestran que en muchas ocasiones, lejos de interesarse por las mujeres en sí, son sobre todo el instrumento a través del cual se incide en el desprestigio de un mundo cultural enorme y muy diverso. Así, se generaliza irresponsablemente, se ocultan realidades mucho más diversas, se ignoran las dinámicas de cambio que sin duda existen, se seleccionan los actores y los testimonios, y se presenta el patriarcado en el mundo islámico como un caso extremo e inmutable³.

La representación dominante de la mujer musulmana es la que la presenta en actitud *pasiva*⁴, papel de *víctima* y como mujer *velada*. De hecho, las mujeres musulmanas son frecuentemente una “imagería cultural” vinculada al islam en vez de fuente de información sobre acontecimientos cruciales en sus comunidades. Se reproduce reiterativamente la imagen de la mujer oriental como una figura subordinada sufriendo por la opresión religiosa, donde el velo, la reclusión o la marginación son temas comunes, símbolos de las relaciones y limitaciones de la mujer en tierras del islam.

³ Así hemos podido constatarlo a través de una investigación realizada en 1997 analizando la prensa europea y su tratamiento de los temas relativos a las mujeres musulmanas: Gema Martín-Muñoz, Julia Hernández Juberías & M^a Angeles López Plaza, *La imagen de la mujer musulmana a través de los medios y sus implicaciones para la integración de las inmigrantes en España*. Madrid, CAM, 1997.

⁴ Cuando decimos actitud pasiva nos referimos al criterio establecido así en el ámbito mediático para definir a aquellas personas que no aparecen como individuos desempeñando una capacidad relacionada con el trabajo o buscando la atención de los medios. Por el contrario su papel pasivo significa que aparecen como víctimas, en relaciones familiares o ilustrando un paisaje cultural determinado.

La representación de la *mujer velada* es una constante que se interpreta o bien en clave orientalista (el velo como signo de misterio), o bien en clave tradicionalista (de sumisión y opresión). Así la imagen habitual de la mujer musulmana alimenta el paradigma culturalista que quiere ver entre el Islam y el Occidente dos modelos sociales antagónicos: uno retrasado, otro moderno. Representada sin atributos individuales o personales, se da a entender que la mujer velada no desempeña responsabilidades o no tiene filiaciones profesionales ignorando no sólo el carácter multidimensional del significado del velo (como una posición política, una afirmación religiosa y una práctica social) sino también que numerosas mujeres instruidas y trabajadoras están poniéndose el velo voluntariamente en los últimos años ⁵. Esta imagen es difícilmente aceptable por Occidente e incluso provoca cierta irritación porque desarma la visión tradicional a la que se aferra. Que las mujeres después de estar discriminadas y postergadas opten voluntariamente por asumir la doctrina islámica y se pongan y reivindiquen el velo es algo que resulta inasimilable para Occidente y, por tanto, se desinteresa o lo ignora.

Etnocentrismo, porque se parte insistentemente de una metodología comparativista que eleva a modelo universal nuestra experiencia histórica occidental. De ahí que se identifique con demasiada rapidez occidentalización con modernización cuando si bien ésta reviste, en efecto, una significación que caracteriza a Occidente, también le sobrepasa. En consecuencia, occidentalización no cubre toda la noción de modernización. Como tampoco es comparable la relación histórica existente entre Razón e Islam con la que en Europa han tenido religión e interpretación racional. En el primer caso no se dio el radical conflicto entre Razón y Fé (la existencia del *idjtihad* –la interpretación racional para hacer jurisprudencia islámica– es una prueba concluyente) que sin embargo caracterizó al segundo. La experiencia europea se ha conformado a partir de una concepción lineal de la modernización, según la cual la marginación de la pertenencia religiosa va unida al avance hacia la modernidad. Sin embargo, esta constatación es sólo fruto de la experiencia histórica occiden-

⁵Entre el velo *hāik* (tradicional), el *niqab* (fundamentalista: negro y que cubre todo el rostro) y el *hiyab* (versión islámica moderna que, a diferencia de los demás, cubre la cabeza pero deja la cara descubierta de manera que el velo pierde su misión tradicional de hacer invisible y anónima a la mujer en el espacio público) hay todo un lenguaje sociológico que expresa la diferencia entre la nueva generación y la precedente, entre la que estudia y sale y la recluida, entre la que se afirma y la que se somete. Ver Gema Martín Muñoz "Mujeres islamistas y sin embargo modernas" en Mercedes del Amo (ed) *El imaginario, la referencia y la diferencia: siete estudios sobre las mujeres árabes*. Universidad de Granada. Granada, 1997.

tal en tanto que en otras áreas geográficas, donde la religión ha desempeñado otra función, no se pueden negar *a priori* dinámicas sociopolíticas que, porque integren la identidad islámica en su proyecto, estén necesariamente abocadas al tradicionalismo e inmovilismo. Por el contrario, todo ello no es sino reflejo de la revalorización de «lo autóctono» y la negación de «lo importado», experiencia que caracteriza hoy día al mundo musulmán, consecuencia de una doble vivencia fruto de la experiencia histórica colonial: la de la relación con el Otro, Occidente, y la de la relación consigo mismo y su necesidad de promover una realidad propia. Se ha asumido demasiado dogmáticamente el silogismo: “ser civilizado” = “ser occidental” (luego moderno), lo que nos dificulta para entender que pueden existir dinámicas socioculturales que integren la búsqueda del “ser moderno” conservando el islam.

Asimismo, la construcción histórica occidental en torno a la cual se ha generado el laicismo como un valor de modernidad y democracia no se ha reproducido en el mundo árabe e islámico, donde el laicismo no ha sido fruto de una modernización “desde abajo” de la sociedad (que no ha experimentado un proceso social extensivo de secularización) sino “desde arriba” (fruto del voluntarismo modernista de los líderes nacionalistas poscoloniales), y dado que en el mundo musulmán el secularismo ha sido a menudo asumido e impulsado por elites dirigentes patrimonialistas y autoritarias, existe pues un potencial conflicto de interés entre democracia y laicismo en esta región. Sin embargo, hay que decir, que el debate occidental sobre la democratización en el mundo árabe ha fracasado ampliamente a la hora de admitir esto.

Finalmente, habría que señalar otro significativo ejemplo que nos ayuda a constatar esa tendencia etnocentrista en nuestra mirada hacia el mundo árabe e islámico. Se trata de la arraigada tendencia a seleccionar como fuentes de información creíble y como interlocutores válidos a las élites occidentalizadas de esos países. De ahí el cúmulo de incomprensiones porque nuestro conocimiento sobre esas sociedades se reduce a una sola representación, y además a una representación que si bien necesaria de tener en cuenta no es la más representativa. Es éste un reflejo que nos muestra nuestra tendencia a querer dialogar siempre con nosotros mismos y por ello nuestros interlocutores son aquellos que son los más fieles a nuestro modelo y a nuestra imagen.

En consecuencia, mientras desde la perspectiva occidental existe un imaginario social que está dominado por prejuicios de tipo cultural y re-

ligioso hacia los musulmanes, entre estos la evocación de Occidente está centrada en la política que rigen los gobiernos occidentales al servicio de sus intereses en diversas partes del mundo árabe e islámico, sentida como acumulativamente injusta.

LA TEORIA DEL « CHOQUE DE CIVILIZACIONES » Y EL 11 DE SEPTIEMBRE

No fue en absoluto casual que tras la guerra del Golfo surgiese la teoría del “choque de civilizaciones” firmada por el politólogo estadounidense Samuel P. Huntington⁶. Este escrito de Huntington se iba a convertir para muchos en la nueva ideología de la posguerra fría. Lo que el profesor de Harvard planteaba inicialmente entre interrogaciones, *¿Choque de civilizaciones?*, y tres años después sin interrogante alguno, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*⁷ es que “la fuente principal de conflicto en este mundo nuevo no va a ser en primer lugar ni ideológica ni económica. Las grandes divisiones del género humano y la fuente predominante de conflicto van a estar fundadas en la diversidad cultural” (...). E identificaba como civilizaciones competitivas y en conflicto con la occidental a la islámica y confuciana.

Su falta de rigor científico debería haber hecho pasar sin pena ni gloria este pequeño artículo sino hubiese sido porque respondía a la necesidad de aportar una nueva ideología (curiosa contradicción para una tesis que afirmaba el fin de las ideologías) para justificar moralmente la reestructuración mundial, cargada de hegemonía económica y política, que aspiraba a presidir EEUU. Lo cultural y religioso se va a convertir de manera aún más intensiva en el instrumento a partir del cual cegar a las sociedades occidentales ante la fuerte carga política de la actuación occidental fuera de sus fronteras. La fórmula podría definirse en algo así como: si la explicación de lo que ocurre se basa sobretudo en un determinismo cultural y religioso anti-occidental se consigue eludir las responsabilidades de la acción política y militar de Occidente en el exterior.

⁶ “Clash of civilizations”, *Foreign Affairs*, 1993, no.3, pp. 22-49. Ha sido publicado en español por Tecnos, 2002.

⁷ *The Clash of civilizations and the remaking of world order*. New York: Simon & Shuster, 1996. Publicado en España por Paidós en 1997

En realidad, la aportación de Huntington venía principalmente del hecho de haber sabido articular en una teoría política lo que ya existía desde hacía mucho tiempo: el sentimiento de superioridad cultural occidental y su imaginario anti-islámico, en un momento en que una buena parte de la atención internacional se centraba en el Medio Oriente. Así, al igual que ocurrió con la empresa colonial europea, esta concepción alimenta el vínculo entre cultura e imperialismo, de manera que la primera sirve para proteger e incluso justificar al segundo.

Todo este universo mental occidental se ha reforzado de manera preocupante desde los atentados del 11 de septiembre y, aunque el presidente Bush ha afirmado en sucesivas declaraciones que la política americana está guiada por un profundo respeto hacia el islam y que no existe una guerra contra el islam, que es *“una fe basada en la paz, el amor y la compasión”*, la observación de los hechos no lo confirman, dada la manera en que EEUU está interpretando y presentando las causas de la violencia en el mundo islámico y las respuestas que se están dando para acabar con dicha violencia.

En realidad, estas afirmaciones “bienpensantes” están siendo contradichas por asesores y miembros del partido de Bush que proclaman sin reparos su convicción de todo lo contrario. Kenneth Adelman, miembro del Consejo político del Pentágono, declaraba: *“cuanto más se examina esta religión, más militarista aparece. Después de todo, su fundador, Muhammad, fue un guerrero, no un abogado de la paz como Jesús”*; Eliot Cohen, del Consejo asesor del Pentágono, también afirmaba que *“aunque es muy incómodo decir (...) que una de las mayores religiones del mundo tiene una profunda tendencia a la agresividad, sin embargo atreverse a hacerlo es una de las cosas que definen al liderazgo”*; Paul Weyrich, influyente activista de la Casa Blanca, decía a su vez que *“el islam está en guerra contra nosotros”* y se quejaba de la promoción que la administración americana hace del islam como religión de paz y tolerancia al igual que el judaísmo y el cristianismo, *“cuando no es así”*⁸.

Por otro lado, el simple hecho de tener que hacer estas afirmaciones a favor del islam, tener que demostrar si el Corán justifica el terrorismo o no, si el suicidio forma parte de la cultura islámica o no, si el *yihâd* significa esto o aquello, obligando a todo musulmán a tener que defenderse

⁸ *Washington Post*, 1/12/02.

diariamente ante la sospecha generalizada de que representa un potencial fanatismo inherente a su cultura y religión, es la prueba misma de que el islam y los musulmanes no son juzgados con los mismos estándares que el judaísmo y el cristianismo. Al igual que prueba que existe una obsesión enfermiza por explicar todo lo que ocurre en los países musulmanes en función de lo “cultural-religioso” en detrimento de “lo político”, lo cual en absoluto se hace con otras religiones, otras culturas u otras experiencias históricas donde la violencia ha estado enormemente presente también (porque cuando el terrorismo procede de grupos de pertenencia cristiana o judía nadie busca en la Biblia o en la cultura la explicación de esa violencia).

Esta visión, además, va unida a la expresión de un arrogante chovinismo religioso y cultural americanos. El presidente Bush no ha cesado de manifestar que “*Dios está de nuestra parte*”, de cantar “*God bless America*”, de definir de “*cruzada*” y “*justicia infinita*” su guerra contra el terrorismo (hasta que le dijeron que era políticamente incorrecto) y, para gran manifestación de prepotencia cultural, aseverar en el Congreso norteamericano que lo que motiva a los terroristas “*es su odio a la libertad y a la democracia*”. Estas actitudes se anclan rígidamente en la explicación “culturalista”, con la que se engloba y estigmatiza a todo el universo del islam y a todos los musulmanes, a la vez que evidencian el deseo explícito de no afrontar la verdadera explicación: que el fenómeno Ben Laden es una reacción convulsiva y extrema de la *pax americana* impuesta desde la Guerra del Golfo en el Medio Oriente, y particularmente en Arabia Saudí y el Golfo, que tiene su propia estrategia de poder totalitario como respuesta.

Ben Laden nunca ha hablado de la libertad y democracia americanas sino de su intervencionista política exterior en los países musulmanes y el análisis no debe ser escamoteado por el hecho de que provenga de un personaje detestable por su inaceptable acción terrorista. Como se ha dicho sin cesar la lucha contra el terrorismo es muy compleja y sobre todo muy difícil. No existe un remedio evidente, pero, junto con las estrategias policiales y de fuerza, se debe también luchar contra sus causas y es ahí donde la política entra decididamente en juego. Y en el Medio Oriente se han acumulado multitud de problemas, conflictos y lamentables situaciones humanas cuyas raíces son profundamente políticas. Ningún movimiento clandestino puede operar sin apoyo popular y sin un entorno que esté dispuesto a aportar reclutamientos, apoyos económicos y medios pro-

pagandísticos. Asimismo, busca ganar popularidad y comete sus atentados en el momento en que cree que se dan las condiciones para conseguir adhesión a su causa. Este es también el caso del turbulento y turbio grupo de Ben Laden. La prueba está en el contenido completamente político de su mensaje.

Ben Laden hizo una declaración que lejos de representar simplemente al «loco de Alá» que casi todos esperaban en el mundo occidental -reduciéndose a imprecaciones culturalistas, fanatismo irracional, y menciones ultrarreligiosas- puso el dedo en la yaga de los conflictos y tragedias humanas que asolan la región y que están diariamente presentes en el sentir de las poblaciones musulmanas, con el fin de manipularlas a su favor.

No porque lo dijese Ben Laden dejaba de ser una realidad que desde el reparto colonial tras la Primera Guerra Mundial el Medio Oriente ha vivido una desgracia tras otra, en muy buena parte consecuencia de la injerencia y los intereses externos: la división artificial de Estados al servicio de las potencias extranjeras, la manipulación de esas potencias de las minorías cristianas orientales generando conflictos confesionales, la instalación de elites gobernantes al servicio de las mismas potencias para desgracia de sus poblaciones, el abandono de los derechos palestinos, el apoyo y consolidación de sátrapas como Saddam Hussein que, antes de convertirle en 1991 en el «Hitler» del Medio Oriente, fue durante una década el hombre de occidente en contra del Irán de Jomeini (lo mismo que ha ocurrido con el propio Ben Laden en el marco afgano)...

Tampoco porque lo dijese Ben Laden dejaba de ser una realidad que la dependencia que Arabia Saudí tiene de protección militar exterior le haya llevado a caer en la contradicción de permitir que se instalen bases norteamericanas en un territorio que los propios saudíes han convertido intensivamente en símbolo sagrado del islam, si bien al servicio de su propia legitimidad para mantener un régimen despótico y tribal que no tiene capacidad para alzar la voz y defender las injusticias que castigan a las poblaciones del mundo musulmán al que pretende representar en exclusiva.

Y no porque lo dijese Ben Laden dejaba de ser cierto que existe un silencio culpable ante la muerte y sufrimiento de los niños iraquíes sometidos a un embargo internacional injusto y letal cuyos objetivos políticos de derrocamiento del régimen iraquí fueron probadamente ineficaces, y que existe una inaceptable insensibilidad ante la violencia diaria que

sufre la sociedad civil palestina porque el apoyo incondicional de EEUU a Israel ha prevalecido sobre el derecho internacional y el sufrimiento humano.

La manipulación y oportunismo de Ben Laden de ese sufrimiento en beneficio de su espúria causa no hace irreal ese sufrimiento. Existe, y es la raíz del problema, y en tanto que no se resuelvan esos problemas con un cambio de la política internacional en esta zona no se podrá luchar verdaderamente contra el terrorismo que representa este personaje. No se trata de una lucha entre civilizaciones y culturas, sino de afrontar la solución política de los problemas.

Marginando el análisis racional y político se están eludiendo las verdaderas actuaciones que pueden eficazmente luchar contra la extensión de esa violencia. La batalla contra el terrorismo trasciende totalmente el paradigma civilizacional y su éxito a largo plazo. Se basa tanto en superar una amenaza como un desafío: conocer y entender la diversidad del mundo musulmán para debilitar a los extremistas y alentar a los reformistas; dar salidas políticas y no militares a los conflictos en esa región y contribuir a mejorar la terrible existencia que llevan la mayor parte de las poblaciones civiles en esos países.

La mayor parte de las acciones y medidas asumidas en pro de la lucha contra el terrorismo tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, si bien han sido presentadas como en defensa y protección de los ideales democráticos, no pueden ser consideradas de naturaleza democrática. Las nuevas legislaciones “anti-terroristas” puestas en práctica en EEUU, y en buena medida imitadas por otros Estados democráticos occidentales se han aplicado en un marco ambiguo en el que deliberadamente ni se ha definido qué es el terrorismo ni qué criterios se establecen para verificar como terroristas a todos aquellos que los respectivos miembros de la heterogénea coalición internacional acusan como tales.

La ambigüedad sobre quienes son verdaderamente terroristas ha traído como resultado la consolidación de los regímenes represivos, predominantes en la gran mayoría de los países árabes y musulmanes. Una prueba de que esa ambigüedad no es sólo permitida sino buscada, es que se han rechazado todas las propuestas para establecer mecanismos internacionales de supervisión de la acción de los Estados en el marco de la lucha contra el terrorismo.

Como indicaba el conocido opositor tunecino Moncef Marzuki, “*nunca las dictaduras han estado mejor situadas en el mundo como desde el 11 de Septiembre*”, sin embargo, señalaba con lucidez que los dirigentes occidentales tenían que comprender que lo que más miedo les da de los países árabes e islámicos: la emigración y el terrorismo “*son consecuencia directa de la dictadura y la corrupción*”⁹. La cooperación en materia anti-terrorista puesta en práctica desde el 11 de Septiembre, va a dejar de lado la cuestión de los cambios políticos que necesariamente hay que promover para lograr la verdadera estabilización de esta volcánica parte del mundo y su consiguiente desarrollo económico, y, por el contrario, ha consolidado la impunidad de unos regímenes que tienen bajo una presión socio-económica y política insoportable a la gran mayoría de sus poblaciones.

La situación en los países del Norte de Africa y Medio Oriente es de una gran gravedad: los gobernantes padecen una gran crisis de legitimidad, sus sistemas políticos están minados por la corrupción y el nepotismo y dirigen sus sociedades con puño de hierro. Enormes injusticias sociales y totalitarismo político son los dos principales elementos que caracterizan a esos Estados, y son la causa de la prolongación de otros males que bloquean la modernización (desigualdad entre los sexos, intolerancia y conservadurismo social, rechazo del pluralismo). Este contexto se ha visto agravado por los efectos devastadores que la situación de los palestinos y el embargo contra la población civil iraquí han causado en las opiniones públicas árabes y musulmanas, sentidas como dos ilustraciones de una actitud discriminatoria de la comunidad internacional.

En este contexto, la alteración de las relaciones internacionales que ha engendrado la política de “guerra contra el terrorismo” ha resultado muy provechosa para el totalitarismo de los gobernantes en esta región. Para todos aquellos regímenes sumidos en una lucha intensiva contra sus oposiciones internas, la oferta americana de cooperación antiterrorista les ha permitido legitimar sus políticas represivas de seguridad y sus “leyes anti-terroristas” al margen de todo estado de derecho y se han encontrado con que, para gran satisfacción suya, el marco internacional ha legitimado esa amalgama buscada intencionadamente para no definir quién es quién en esta parte del mundo y por tanto utilizarla a su conveniencia, que es el “terrorismo islámico”¹⁰.

⁹ *Le Monde*, 11/12/2001.

¹⁰ Gema Martín Muñoz, *El Estado Árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*. Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000.

Por otro lado, tras el 11 de septiembre la política del gobierno israelí se ha dirigido tajantemente a querer reducir el conflicto con los palestinos a una cuestión de terrorismo y beneficiarse de la impunidad que se deriva de esa nueva lucha contra el terrorismo, para que se ignore que la raíz del problema es la ocupación de los territorios palestinos, su sistemático incumplimiento de las resoluciones de la ONU, y sus violaciones continuadas de la Convención de Ginebra.

Todo ello nos lleva a plantear varias cuestiones claves: ¿la alianza mundial contra el terrorismo que EEUU ha instaurando es capaz de afrontar las causas profundas que producen esa violencia, o corre el riesgo de alimentarlas más? ¿El concepto de seguridad se va a orientar en la búsqueda de paz y estabilidad para la región árabe y musulmana, teniendo en cuenta que eso exige favorecer la democracia y las libertades, o se va a limitar a mantener el tan arriesgado *statu quo* existente? El análisis de lo ocurrido desde el 11 de septiembre hasta la actualidad invita a un gran pesimismo.

LAS RAÍCES DE LA NUEVA ISLAMOFOBIA OCCIDENTAL

Todo ese universo mental occidental anti-islámico que se ha reforzado de manera preocupante desde los atentados del 11 de septiembre, está teniendo una repercusión determinante para los musulmanes y árabes viviendo en suelo occidental. Las fuentes principales que han realimentado los prejuicios contra los nacionales procedentes de países de adscripción musulmana han sido sustantivamente dos: las nuevas leyes “preventivas” aplicadas en el mundo occidental con respecto a los residentes procedentes de esas nacionalidades; y el tratamiento dado a esta cuestión por los medios de comunicación.

Nada más ocurrir los atentados contra las Torres Gemelas se desencadenó una ola racial de ataques contra personas originarias de Oriente Medio y los países del sudeste asiático, lo que motivó que la sección de Derechos Civiles del Dpto. de Justicia el mismo 13 de septiembre emitiera un comunicado en el que se decía que “cualquier amenaza de violencia o discriminación contra Arabes y Musulmanes Americanos, no sólo era antiamericano sino perseguible por la ley”. El presidente Bush visitó

el Centro Islámico de Washington el 17 de septiembre y una resolución de condena fue emitida por el Congreso. Pero lo más significativo de todo ello es que sólo se mencionaba a Arabes y Musulmanes « americanos », y esta distinción se plasmó, de hecho, en una política de doble rasero desde el momento en que se empezó a legislar en pro de la “seguridad nacional”, de manera que los doce meses siguientes el Dpto. de Justicia había dirigido una persecución indiscriminada o “preventiva” hacia Arabes del Medio oriente y musulmanes del sudeste asiático (detenciones, expulsiones, interrogatorios). La American Patriot Act de octubre de 2001, que concede poderes de vigilancia e investigación sin precedentes, ha sido el instrumento con el cual se ha llevado a cabo esta persecución contra residentes de esas nacionalidades. En septiembre de 2002 la National Security Entry-Exit Registration System incluyó la toma de huellas dactilares a todos los visitantes a US considerados “de alto riesgo”, obligándoles a registrar su residencia ante las autoridades y confirmar su salida. Fueron los nacionales de Iran, Iraq, Libia, Sudán y Siria los principalmente sometidos a esta ley, si bien esos países nada tenían que ver con el 11/9. Y todos los residentes extranjeros procedentes de esas nacionalidades al ir a registrarse fueron masivamente detenidos. Es decir, de los 20 cambios legislativos producidos desde el 11 de sept. 15 van destinados específicamente a Arabes y musulmanes. Y de hecho, más de 60.000 personas se han visto afectadas por esta reglamentación gubernamental.

Todas estas medidas se han puesto también al servicio del cierre a la inmigración de gente procedente de los países del Medio oriente y el sudeste asiático musulmán. El Dpto. de Justicia deportó a 6000 Middle east people por irregularidades en sus papeles o visas. Es decir, el 11/9 ha sido también aprovechado para cerrar la inmigración y limpiar de Arabes y Musulmanes los US, siguiendo las recomendaciones del conservador Centre for Immigration Studies, que en un informe sobre “The Open Door: How militant Islamic terrorist Entered and Remained in US 1993-2001”, lejos de remitirse al análisis del fenómeno terrorista, hacía la amalgama con la inmigración y recomendaba una reducción determinante de la misma.

En el caso de Europa, la tendencia es similar y la prueba de ello es que se está avanzando en el establecimiento de una legislación anti-terrorista «sólo para extranjeros» y completamente estigmatizadora contra los inmigrantes -y dirigida hasta ahora concretamente a Arabes y musulmanes-. Este ha sido el caso de Inglaterra, por ejemplo, que para aplicar su Anti-terrorism, Crime and Security Act ha tenido que retirar su adhesión al

artículo 15 de la Convención Europea de Derechos Humanos, uno de los grandes logros del humanismo europeo. Así mismo, el carácter arbitrario del celo policial hacia dicho grupo étnico y religioso se va constatando a medida que muy buena parte de los detenidos como presuntos individuos vinculados a al-Qaeda no han podido ser acusados en firme por falta de pruebas (lo cual puede que no sea ajeno al celo policial que se ha puesto en la «caza contra el terrorista islámico» cuando lo que hay, lógicamente, es muchos opositores políticos contra los regímenes dictatoriales de sus países de origen, los cuales les designan ante sus aliados políticos europeos como «terroristas» para lograr también su persecución en Europa).

Es decir, se ha puesto en práctica una política claramente racial. Se está usando la raza, el aspecto étnico, y la adscripción religiosa, como el elemento clave que puede predecir quien puede estar implicado en un acto terrorista. Así, el perfil racial ha prevalecido sobre el principio de inocencia hasta probar la culpabilidad, relegando la sospecha razonable para justificar detenciones e interrogatorios arbitrarios.

En consecuencia, el perfil racial se ha convertido desde el 11/9 en un fenómeno de criminalización global de todo un grupo en el mundo occidental y en el mecanismo preventivo de la lucha contra el terrorismo en dicho suelo, ocasionando multitud de detenciones arbitrarias entre los musulmanes y originarios de Oriente Medio que residen en EEUU y Europa. Esto ha traído consigo la tendencia a identificar al potencial terrorista por lo que es (la adscripción religiosa-étnica) en vez de por lo que hace, incrementado de manera preocupante el racismo a través de la islamofobia. Esa nueva islamofobia, basada en el sentimiento de sospecha hacia todo musulmán como una posible “arma oculta” de Osama Ben Laden, se ha justificado en función del patriotismo o la autodefensa, y, por tanto, ha adquirido un importante nivel de legitimación y desculpabilización social.

Es decir, esas leyes raciales preventivas son la contraparte en la política interior de lo que en la política exterior está siendo el “ataque preventivo”.

Esta situación está centralizando el fenómeno del terrorismo en el estatuto de extranjería (como si no necesitasen la misma atención los terrorismos nacionales y locales; o como si no se concediese la misma importancia a los demolidores terrorismos de Estado que aún siguen existiendo en una muy importante parte del planeta). Por otro lado, se ha vulgariza-

do el término “terrorismo islámico”, lo que es un atentado a la dignidad de millones de musulmanes, como lo sería para otros si se hablase de terrorismo católico, protestante o judío. Y todo ello está creando un profundo sentimiento reactivo contra Arabes y Musulmanes en suelo occidental, percibidos globalmente como el “arma oculta de Ben Laden”, cuyo resultado es la extensión de la islamofobia. 19 individuos en un avión se convierten en la representación global de más de mil millones de musulmanes; y a los que viven en suelo occidental, los autóctonos les recuerdan su presencia ilegítima, obligándoles a justificar su lealtad y fiabilidad. Y, en este sentido, habría que decir que los principales discriminadores son los gobiernos con esas nuevas legislaciones anti-terroristas de tipo racial preventivo de gran impacto mediático y sobre las opiniones públicas.

Ya en noviembre de 2002 un informe de Human Rights Watch señalaba que en US las agresiones sufridas por la población musulmana habían aumentado en un 1700% desde el 11/9. Y las encuestas transmiten ese imaginario social creado: la mayoría norteamericana se expresa a favor de crear una carta de identificación especial a los Arabes, incluidos los naturalizados, y a favor de tomar medidas policiales y de seguridad especiales para ellos. En Agosto del 2002 otra encuesta sacaba a la luz una mayoría que pensaba que “hay demasiados árabes en US” y un 60% era partidario de tomar medidas restrictivas hacia ellos. Y todo este ambiente ha liberado las voces racistas, como por ejemplo los populares líderes evangelistas, Franklin Graham y Jerry Vines que no han cesado de decir que el Islam es una amenaza para America y Occidente, pidiendo que los Musulmanes sean “incitados a dejar el país porque son una quinta columna en los EEUU”.

En Europa, el Summary Report on Islamophobia in the EU after 11/9, elaborado por el European Center against racism and xenophobia en Mayo de 2002, prevenía sobre el alarmante aumento del sentimiento de sospecha y los estereotipos contra los musulmanes en los países de la UE y resaltaba que las nuevas medidas gubernamentales se basaban en acciones policiales indiscriminadas hacia las asociaciones árabes y musulmanas, así como ha aumentado la intransigencia y la agresión contra las mujeres musulmanas que usan el pañuelo en la cabeza (hiyab). Y, lo que es muy importante, frente a esta situación, las iniciativas gubernamentales e institucionales para atajar este problema han tenido un nivel muy bajo o casi inexistente.

Consecuencia de todos estos factores, se ha ido enraizando el sentimiento occidental de que de todos los muy diversos colectivos de inmigrantes que están llegando a nuestros países, el de los musulmanes es el que plantea un potencial conflicto para nuestras sociedades, sus valores e identidad. Se establece la divisoria entre “culturas conflictivas” y “culturas integrables”. Identificado entre las primeras, el islam se convierte en factor de distanciamiento y amenaza y de ahí que, de hecho, se establezca el sentimiento social de inmigrantes “deseados” e inmigrantes “intrusos”. Por ejemplo, en España, cronistas, destacados políticos y responsables de la política migratoria han desarrollado un discurso público basado en la necesidad de orientar nuestra demanda laboral de inmigración hacia las comunidades latino-americanas o de la Europa del Este porque su condición de cristianos es un factor clave de integración. Se reclama públicamente que debemos seleccionar inmigrantes “con afinidades de lengua, religión y cultura”. Consecuencia de todo esto es que el colectivo marroquí inmigrante (el principal de origen árabe y musulmán en España) se ha convertido en “el otro más significativo”, y es el más rechazado por la sociedad española. Es una inmigración “no deseada”¹¹.

No obstante, el estudio de la presencia musulmana en Europa occidental llegada a través de las migraciones contemporáneas desde hace ya varias decenas de años, lleva a la constatación de que esa presencia es definitiva, que se está desarrollando un islam de Europa porque los musulmanes europeos se van insertando en las instituciones y en el espacio público europeo, porque se definen cada vez más por su pertenencia a los países, a las ciudades donde viven y a Europa, y que lo hacen en tanto que musulmanes a través de una dinámica voluntaria y pacífica que no ha dado lugar a tensiones agudas o innegociables. Es decir, es un problema construido y no real.

También querría suscitar aquí el papel clave que desempeñan los medios de comunicación occidentales y que repercute en la situación de Arabes y Musulmanes en Occidente. Quizás el elemento más importante sea que dichos medios construyen permanentemente “la imagen de la distancia” con respecto a todo lo que procede de Arabes y musulmanes. Siempre seleccionan lo más extremo y extraño y le dan toda la centralidad, dando a entender que eso representa a todos. Siempre representan imágenes de

¹¹ Ver Gema Martín Muñoz (dir), *Marroquíes en España. Estudio sobre su integración*. Madrid, Ediciones de la Fundación Repsol YPF, 2003.

masas, y es muy difícil identificarse con las masas, sobre todo, como es lo más frecuente, si aparecen en el momento de la “emoción”. No suele representarse al individuo que puede dar coherencia a ese momento emotivo o violento. Por el contrario, se pone al servicio del estereotipo dominante en la mentalidad occidental de que no son los individuos quienes hacen su historia sino que es el islam el que marca y determina a los individuos; así, se representa a un mundo que evoluciona (el occidental) y otro (el musulmán) condenado a un ciclo repetitivo de miseria y violencia sin esperanza de salir de él. Esos ciudadanos parecen no tener acceso a la Historia, a construirla como individuos. No son más que correas de transmisión pasiva de un destino comunitario prescrito. Todos son uno, y a partir de ahí se identifica a todos con la noticia más sensacionalista del momento: un atentado terrorista, un actor extremista, un acto de violencia o fanatismo...

Y esa construcción mediática de la distancia se refleja en un proceso de deshumanización que hace diferentes las víctimas de unos y de otros. La construcción mediática de la proximidad se reserva a las víctimas del 11 de sept., a los ciudadanos israelíes, a los soldados norteamericanos en Iraq; en tanto que domina la distancia cuando las víctimas son palestinas, iraquíes.

¿Por qué en algunos casos se siente la necesidad de crear proximidad y por qué en otros, cuando sin embargo se vive desde hace décadas con ellos, son nuestros vecinos y conciudadanos, se sigue construyendo una imagen marcada por la distancia y la diferencia? Esta es una de las más importantes cuestiones sobre las que debe reflexionar el mundo occidental.

LA INVASION DE IRAQ

La invasión americana de Iraq es un acontecimiento de gran magnitud porque, entre otras razones, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial la opinión pública europea y la estadounidense han reaccionado de manera opuesta y, al mismo tiempo, ese alejamiento ha ido unido a una reacción común de las opiniones públicas europeas que en algunos casos está en abierta oposición a sus gobiernos, cuando éstos han apoyado y participado en la ocupación de Iraq enviando contingentes militares (como es el caso de Inglaterra, España e Italia)¹².

¹²Gema Martín Muñoz, *Iraq, un fracaso de Occidente (1920-2003)*. Barcelona, Tusquets, 2003.

Así mismo, se ha dado una importante circunstancia como es que las opiniones públicas europeas y las árabes y musulmanas han coincidido por primera vez en su común rechazo a la política, sin que las primeras se dejasen arrastrar por la obsesión culturalista. En ambos casos, la percepción es común : las causas de lo que está ocurriendo en Oriente Medio procede eminentemente de factores políticos, resaltando que el factor más pernicioso es la ocupación, ya sea de Iraq como de los territorios palestinos. La incidencia de dicha circunstancia es difícil de analizar dado su carácter tan reciente pero puede ser un significativo paso para « desvelar » la mirada occidental hacia el mundo musulmán y se dé cuenta de que la raíz de los conflictos y la violencia son políticos y no culturales.

Por otra parte, la realización de algunas significativas encuestas de opinión en los países árabes y musulmanes circundantes de Iraq han permitido dar a conocer una visión más real del imaginario de dichas poblaciones sobre Occidente y constatar que el conflicto procede de la política y no de la cultura o los valores democráticos occidentales. La última encuesta de opinión realizada por la prestigiosa institución americana The Pew Research Center for the People and the Press en siete países árabes, Turquía e Israel a finales de 2003 para conocer las opiniones sobre EEUU y su política tras la invasión de Iraq, es muy significativa al respecto.

Excepto en Israel, en todos estos países los ciudadanos se manifiestan “arrolladoramente opuestos a EEUU» y en algunos casos, como en Jordania y Palestina, esta posición antiamericana alcanza al 99 y 98% de los encuestados respectivamente. Incluso en Turquía, país no árabe y con una gran tradición pro-occidental, el apoyo a EEUU se ha reducido drásticamente con respecto a las encuestas realizadas en 2000-2002, de manera que hoy día sólo el 15% de los encuestados turcos expresan sentimientos positivos hacia EEUU y la gran mayoría rechaza incluso el limitado apoyo que su gobierno ofreció a los estadounidenses para su invasión de Iraq.

Frente a esta posición casi unánime, la mayoría de los israelíes (79%) expresan posiciones favorables a EEUU y su política.

Asimismo, si se compara con la situación de 2002, la lucha contra el terrorismo liderada por Washington ha perdido de manera radical crédito

en estos países: menos de un cuarto de los encuestados la apoya hoy día. Es decir, la “guerra contra el terrorismo”, tal y como la formula y aplica EEUU, no tiene base social en buena parte del mundo donde se tiene que llevar a cabo con éxito dicha “guerra”.

Pero es de gran importancia señalar que estas consideraciones contrarias a EEUU proceden de valoraciones estrictamente políticas y no sobre su cultural o modelo. Es más, la encuesta muestra que, lejos de replegarse en actitudes “culturalistas” frente a la amenaza externa, existe entre los ciudadanos árabes y musulmanes “un enorme apetito por las libertades democráticas». Incluso defendiendo muchos de ellos un papel prominente del islam en la vida política, “no por ello disminuye su apoyo a favor de un sistema de gobierno que garantice las mismas libertades civiles y derechos políticos que gozan las democracias”. Aún más significativo es el hecho de que “quienes defienden un mayor papel para el islam en la política son los que expresan un mayor interés por las libertades y las elecciones libres y competitivas”. De ahí que los estereotipos sobre la imposibilidad de acomodar interpretaciones islámicas a modelos democráticos deban cuando menos ponerse en cuarentena.

Todo ello viene a constatar que, en contra de lo que muchos piensan desde el mundo occidental, el desencuentro existente entre dicho mundo y las poblaciones árabes y musulmanas tiene una raíz profundamente política y se alimenta de un sentimiento creciente de injusticia y arbitrariedad producidas por la política internacional liderada por EEUU, quien, lejos de favorecer la democratización y el respeto de los derechos humanos, otorga impunidad a sus gobernantes locales; y quien, lejos de contribuir al fin de la ocupación israelí de los territorios ocupados palestinos, imita el comportamiento de Israel ocupando a su vez Iraq. Sentimiento que, además, comparten en muy buena medida las opiniones públicas europeas, tal y como también muestra esta encuesta realizada al mismo tiempo en los países de Europa. Todo ello está promoviendo actitudes nuevas que cuestionan la política internacional en Oriente Medio, que denuncian la manera en que se está poniendo en práctica la guerra contra el terrorismo; reaccionan contra las mentiras y empiezan a percibir que han sido manipulados para ver al mundo árabe y musulmán como un enemigo global y con ello desculpabilizar a sus gobernantes de la responsabi-

dad de la violencia que está estallando en esta región del mundo. Quizás, después, pasen a replantearse sus relaciones con sus vecinos árabes y musulmanes.